

863
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6567

SS
AS
V.2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO I.

**El avaro.--Astusia generosa.--Consejos.
Recuerdos dolorosos.--Partida y llegada al
castillo.**

I

Las once de la mañana del día siguiente acababan de sonar, cuando entró el doctor en el despacho de mister Wilsson.

No le encontró ahí. El banquero estaba en sus oficinas, donde muchos dependientes suyos llevaban sus libros de caja, y los cuales, gracias á su presencia, hacían chirriar las plumas sobre el papel con una maravillosa rapidez.

Es verdad que así que mister Wilsson volvía la espalda se cruzaban de brazos, hasta el momento en que tenían de nuevo su visita. Ninguno le amaba ni le tenía la más leve simpatía. Ninguno sacaba utilidad del constante y penoso

trabajo á que se entregaba, y la ocupacion continua, cuando sólo se desempeña por temor, llega á hacerse molesta y odiosa.

Los pobres muchachos, que acudian á las nueve de la mañana, apenas tenian tiempo para tomar un pedazo de pan y otro de pescado cocido, que envueltos en papeles, se llevaban en los bolsillos de sus mugrientas levitas.

Mister Wilsson ponía tasa hasta el corto tiempo que les era indispensable para masticar su frugal refrigerio. Cuando olvidaban por un momento la necesidad de su estómago, calmada por aquel insípido alimento; cuando olvidaban el frío de sus boardillas y las duras privaciones á que su pobreza les tenia sujetos, con la alegría y el apetito de sus pocos años, oían la voz seca y estridente del banquero, que les decia segun su constumbre:

—¡Al trabajo, señores, al trabajo!

Entónces los infelices jóvenes guardaban en el fondo de su bolsillo el pedazo de pan duro y moreno, que con tanto placer mordian un momento ántes, y tomaban la pluma apresuradamente, temerosos de ser despedidos.

¡Hay en Lóndres tantos desdichados que solicitan un destino, por mezquino que éste sea!

Los dependientes de mister Wilsson no dudaban de que quien diese pruebas de remiso ó perezoso, seria reemplazado al instante.

A las cinco de la tarde abandonaban el escri-

torio, y el que más sueldo tenia no cobraba más que tres libras esterlinas cada mes. Tres libras en Lóndres, esto es, unos quince duros de nuestra moneda, equivalen á comer pan y pescado salado cocido con agua, á vivir en un chirivital humedo é infecto, y á vestirse de los desechos de las prenderías. Sin embargo, todos aquellos desgraciados tenian padres, hermana ó esposa, y alguno, además de todo esto, dos ó tres criaturas.

¡Ah! ¡Mientras haya miseria habrá avaros, esa polilla que carcome como un cáncer nuestra sociedad!

II

El doctor esperó durante algunos minutos á mister Wilsson, que entró por fin en su despacho.

Hacia algunos dias que se habia despojado de su redingote blanco, y á la sazón estaba vestido con un eterno frac azul, cuyo paño empesaba á descubrir la trama junto á las costuras.

—Vengo de avivar á esos tunantes, dijo sentándose delante de su mesa; si no los vigilara yo, emplearian cada dia un par de horas en su almuerzo.

La indignacion coloreó la noble frente del médico; pero hizo un esfuerzo sobre si mismo, y contestó:

—Es usted muy digno de compasion, amigo mio, por la vida que lleva.

—¡Oh! pues no sabe usted hasta qué punto vi-vo esclavizado! repuso el banquero animado por las palabras del médico; soy solo para todo: mis criados me roban, mis dependientes descuidan los trabajos del escritorio, y no tengo á nadie que me descanse.

—Es verdad, es verdad! Por eso lo compadezco á usted, mi querido amigo. ¡Ah, si usted se hubiera casado con otra mujer, con una inglesa, por ejemplo!

Mister Wilsson miró con desconfianza al mé-dico. Le habria creído; siempre sobrado adicto á Rafaela, para que en ésta ocasion le pareciese su lenguaje natural y sincero. Contentóse, pues, con dar un suspiro por toda contestacion, espe-rando, con su sagacidad habitual, á que el médico se descubriese más.

—Mistres Wilsson me habia interesado, con-tinuó el anciano; es más, me interesa aún, como una buena y sencilla criatura; pero conozco que no es la mujer que conviene á usted.

—Tampoco contestó á estas palabras mister Wilsson. Levantóse, y dirigiéndose á su *bureau*, dijo al médico:

—Perdone usted que no me haya acordado aún de pagarle sus cuidados por Rafaela y por mi hi-ja; tantas atenciones me tienen trastornada la cabeza.

Al decir estas palabras, abrió el *bureau*, y to-mó de uno de sus cajones diez guineas que pre-sentó al doctor. Este sonrió, al ver la mezquin-dad de la paga, y luego, separando con dignidad la mano del banquero, le dijo con dulzura:

—Guárdelas usted, mister Wilsson; estoy re-compensado con haberle podido servir de algo.

Brillaron los redondos y pequeños ojos del ava-ro, y los clavó con profundo asombro en el ros-tro venerable del doctor.

—Me intereso mucho por usted, continuó éste; veo que es desgraciado, y quiero darle una prue-ba de mi afecto; además, ya le he dicho que me intereso tambien por su pobre esposa, y á hablar-le acerca de ella he venido, que no á cobrar mis honorarios.

—Hable usted, dijo mister Wilsson, sentán-dose con más complacencia de la que hubiera em-pleado, á no mediar el desprendimiento del an-ciano.

Este parecia meditar, y luego, fijando en el es-posito de Rafaela una mirada dulce continuó:

—Ya he dicho que su esposa de usted no es la mujer que le conviene: que le sirve de carga más que de ayuda, y que la considero sólo como una pobre criatura de pocos alcances, aunque de muy buen fondo.

El avaro hizo un signo de sentimiento y el médico siguió en estos términos:

—Creo, amigo mio, que nuestro deber de cris-

tianos es el de conservar la existencia de las personas á quienes la religion nos manda amar, aunque realmente no las amemos, ya por que ellas no sé lo merezcan, ya por una natural antipatía del corazon.

Mister Wilsson no tenia corazon; más, á pesar de eso, aparentó que comprendia muy bien las palabras del médico, y respondió con aire de convencimiento.

—Es verdad; pero, ¿qué existencia deberé yo conservar? ¿Cuál está amenazada?

—¡La de Rafaela! contestó el anciano con más calor del que hubiera podido manifestar.

Despues calmando aquel generoso arranque con el enérgico esfuerzo del hombre de mundo, añadió friamente:

—Rafaela se muere; nacida bajo un cielo radiante é iluminado por un sol siempre hermoso y vivificador, su corazon se hiela bajo nuestras nieblas; su cabeza dolorida está destrozada; su estómago debilitado y casi perdido el apetito, causa natural de su absoluta carencia de ejercicio.

—¿Y por qué no sale? repuso mister Wilsson con una ira que cubrió sus flacas mejillas de un encarnado repugnante y biliqso, ¿por qué no trabaja? ¿quien la obliga á que pase los días sentada en su sillón?

—Su temperamento, su naturaleza muelle y perezosa. ¿Qué quiere usted? ¿Podemos nosotros perfeccionar la obra de Dios?

—¿Y qué hacer? ¿yo no puedo darle la salud, si ella se empeña á no tomarla!

—Oigame usted, amigo mio, dijo el médico aproximando más su sillón al de mister Wilsson; oigame usted. ¿necesita absolutamente en su casa la presencia de su esposa?

—Yo, no por cierto, doctor; ¿la veo yo acaso? ¿Sé de ella siquiera?

—Pues bien escuche usted un plan, y dígame si lo aprueba.

Yo tengo una esposa y una hija, que viven en mi castillo conmigo, y son dos criaturas excelentes á quienes debia parecerse su esposa de usted. Catalina, mi mujer, es regañona, avara más bien que económica, laboriosa; en una palabra, lo que se llama una envidiable ama de su casa. Enriqueta, mi hija, es un prodigio de instruccion. Sabe el francés, el alemán, el italiano y el español; tiene una erudicion asombrasa, pues ha leído mucho; no hay quien la aventaje en el conocimiento de la historia y de la ortografía, podia ganar por oposicion una cátedra de matemáticas y es capaz de componer un sermon mejor que muchos clérigos protestantes.

—¡Ah! ¿Quien hubiera hallado ese tesoro! exclamó mister Wilsson con un profundo suspiro. Yo buscaba capacidad ó dinero; sabia que esto último no lo tenia Rafaela; pero creí encontrar en ella instuccion bastante para ayudarme.

—Todos erramos alguna vez en la vida, amigo

mio; paciencia: pero vamos á ver ¿no cree usted que Rafaela sería aún susceptible de aprender?

¿Qué edad tiene?

—Creo que no ha cumplido todavía veinte y dos años.

—Aun puede volverse otra; y para que vea usted cuánto me intereso en la felicidad de usted, vengo á proponerle que me la deje llevar á mi castillo.

—¿Y ella querrá? preguntó mister Wilsson, en cuyos ojos brilló la alegría.

—Yo la convenceré; y allí al lado de Catalina y de Enriqueta cambiará quizá de carácter; en fin, ¿que cuesta probar?

—Nada, sacrificaré sin mucha pena algun dinero para satisfacer á usted los gastos que le haga mi mujer, á trueque de que ella venga capaz siquiera de ser una buena y entendida ama de gobierno.

—No tiene usted necesidad de sacrificar nada; si consigo la cura moral y física de su esposa, me pagará usted los gastos cuando se la devuelva; si nada consigo no quiero tampoco ninguna recompensa.

—Puede usted, pues, llevarse la cuando guste.

El médico, sin querer gastar más tiempo con aquel ruin personaje, salió del despacho y se dirigió á la habitacion de Rafaela.

III

La jóven estaba levantada desde al alba. No era la misma que la víspera. La esperanza aliviando las heridas de su corazon, habia comunicado á su rostro una paz y una calma que admiraron al médico, a pesar de su profundo conocimiento del corazon humano,

—He dormido cuatro horas, dijo Rafaela tomando con cariño y gratitud la mano del doctor

—¿Tranquilamente? preguntó el anciano con tanto con cuidado los latidos del pulso de la enferma.

¡Oh, sí! repuso esta, con la mayor tranquilidad.

—Bien se conoce, dijo el médico soltando la mano de Rafaela con semblante satisfecho.

Y luego añadió sonriendo con esa bondad que es la coqueteria de las canas.

—Valla, ¿te hallas con fuerzas para hacer los preparativos de la marcha?

—Pues qué ¿nos vamos? exclamó Rafaela, en cuyas bellas facciones brilló la esperanza.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Así que tu estés dispuesta.

—¿Y mi hija?

—No me he atrevido á hablar de ella por hoy á tu marido; hubiera sido darle que sospechar y todo estaba perdido.

Rafaela bajó la cabeza sin responder; pero el doctor, que la observaba atentamente, vió deslizarse dos gruesas lágrimas por sus blancas mejillas.

—Hija mia, le dijo volviendo á tomar sus manos; no te doy mi palabra formal de llevarte á tu hija, porque no sé si lo podré lograr; un hombre nunca debe prometer más que lo que está seguro de cumplir; y prefiero verte padecer á darte una esperanza vana. Sufre con valor, Rafacla; todos tenemos en este mundo una cruz más ó menos pesada, y Dios quizá te ha deparado una que abrumará tus hombros; pero su bondad no te abandonará; el que no desampara á los pajarillos, el que cuida del más pequeño de los insectos que el agua produce ó que se oculta entre la grama, ¿se ha de olvidar de tí hija mía? ¿Te habrá dado un corazón bueno y tierno sólo para sufrir? ¿te querrá arrebatár completamente el único de tus goces haciendote desconocida á tu hija? No lo creas así; dudar de la bondad, de la justicia de Dios, es una impiedad que no merece perdon.

Rafacla lloraba en tanto que hablaba el doctor; pero habia levantado la cabeza, que en lo agudo de su pena doblara sobre el pecho, y sus lágrimas corrían con mucha menos amargura que otras veces.

—Hija mia, prosiguió el anciano, continuando la dulce tarea de verter el bálsamo de las pa-

labras sobre aquel corazón enfermo y abatido: hija mia, si tú conocieras una pequeña parte de los dolores que yo he presenciado en esta vida, y de los que he padecido yo mismo durante mi larga carrera, no dudarias de la piedad de ese sér bienhechor, que preside desde el cielo nuestro destino.

Del seno de la más grande amargura brota á veces un rayo de esperanza, y el Señor aplica siempre la copa del consuelo á los labios del que va á fenecer ahogado por el dolor.

Yo soy uno de los hombres que más han sufrido en este mundo. Muy jóven aún amé á una mujer buena, hermosa, dulce. . . . que se te parecía en fin! no obstante mi padre la aborrecía: y sin embargo, él era también bueno, justo y razonable.

En vano traté de vencer su resistencia: era anciano, y aquella antipatía estaba aferrada á su alma, fría ya por su edad, y calentada sólo con los rayos de mi cariño.

Mi padre dependía de mí, y me declaró que rehusaría todo socorro que viniese de mi mano, si me unía con aquella mujer. Este era el más poderoso, ó mejor dicho, el único medio de hacerme imposible aquella pasión y la felicidad que en ella disfrutaba. Conocía á mi padre, y sabía que antes se dejaría morir de hambre que deber á su hijo desobediente un pedazo de pan.

Desistí. Durante largos años me he pregun-

do despues el motivo de aquella aversion de mi padre hacia la angelica criatura, que hubiera sido para él la mejor y más cariñosa de las hijas, y jamás pude encontrarle

Fuí á ver á mi amada, y apuré la amargura de decirle que no podia casarme con ella. Me oyó tranquila y resignada en la apariencia; pero la palidez de su semblante me hizo conocer lo que sufría

¡Oh., Dios miol prosiguió el doctor, llevándose las manos á la frente con una exprecion de dolor ardiente y concentrado que asustaba, al ver sus blancos cabellos; ¡Dios de los buenos! Cuándo borrarás en mi la memoria de aquella aciaga hora! ¡Cuarenta años han pasado, Señor, y aun veo ir subiendo la densa palidez de la muerte á las facciones de aquella mujer, y aun veo irse anublando la luz de sus ojos, y aun veo temblar sus labios como las hojas de una rosa batidas por el vendaball

Cayó el anciano: sepultó entre ambas manos su rostro venerable, y un profundo sollozo salió de aquel pecho, que aun guardaba, con generoso sentimiento, el recuerdo de su primer amor

Los corazones nobles, amantes y entusiastas no evejecen jamás. La religion de los recuerdos es en ellos tan poderosa y conmovedora, como la realidad de sus tiempos de amor. Levantan un altar en el fondo de su alma al sér que amaron y allí le dan culto toda su vida.

Despues de una larga pausa, alzó el doctor la cabeza, y continuó de esta suerte:

—Ví á aquella criatura, á quien más amaba sobre todo lo creado, hacerme con la mano una imperiosa señal para que me retirase. Ni una palabra me habló: ¿pero que importaba? yo habia asistido allí, á la agonía y la muerte de su corazon, de aquel corazon, por cada uno de cuyos latidos hubiera dado yo muchos años de vida.

Salí á la calle loco; llevaba el cabello erizado y la frente cubierta de un helado sudor. Nada veía, nada oía; y, sin embargo en el fondo de mi corazon se alzaba una voz que me gritaba:

—*¡Has hecho bien! ¡Has hecho bien!*

Llegué á la presencia de mi padre, y apesar de aquella voz consoladora callí á sus plantas como muerto. Cuando la fiebre que me estuvo devorando durante un mes dejó libre mi cerebro, supe que la mujer á quien tanto habia amado, habia muerto para el mundo y para mi tomando el velo en uno de los conventos del condado de Khent.

Seis años más tarde murió mi padre bendiciéndome, y poco despues me uní á Catalina Parry, cansado de la soledad en que la muerte de mi padre me habia dejado.

—¿Encontro usted, por fin la felicidad, señor? pregunto Rafaela tomando afectuosamente la mano del médico, y profundamente con-

movida de la alteracion que demostraban aún sus facciones.

—Si, respondió él; la felicidad, hija mia, existe sólo en el convencimiento de obrar bien sólo en la tersa superficie de la conciencia pueden embotarse los dolores de la vida, y el bueno puede desafiar los pesares todos de la existencia, seguro de que nunca le ha de faltar consuelo en su propia razon.

Luégo he sufrido aún: he perdido á seis hijos y, entre ellos, á uno que entraba en la carrera de la vida adornado con los más preciosos dones del cielo. Tenia veinte años cuando le perdí, y su talento era sólo comparable á la existencia de su corazon y de sus sentimientos: mi ciencia no pudo salvarle, y le cerré los ojos y le deposité en su ataud, llorando sangre de mi corazon.

La muerte de cada uno de mis hijos ha dejado una honda herida en este pobre corazon tan combatido, tan destrozado, casi desde que empezó á darse cuenta de sus latidos; pero la solícita ternura de Catalina ha hecho mi vida soportable, y el amor de mi hija me ha hecho bendecir siempre la bondad de Dios,

No sé, Rafaela, si el eterno dispensador de las venturas humanas creará que no te conviene la de vivir con tu hija: en ese caso resígnate, y si la ves alguna vez, procura grabar en su alma la conformidad con los designios del Todopoderoso. Que todas tus palabras para Alicia sean de paz

y de mansedumbre; inspírale amor á su padre, porque quizá él, por si mismo no se haga querer de esa niña; siempre que puedas abrazarla repite á su oido las máximas del deber y de la virtud, en ves de emplear el tiempo en locos transportes de ternura; y de ese modo, cuando esté léjos de tí pensarás en su madre como en un sér benéfico y querido; de ese modo conjurarás la indiferencia y el menosprecio que hácia tí despertarán en su corazon las manos venales y oficiosas que la manejen, y no se extinguirá en su pecho la santa semilla del amor filial.

—¡Oh señor! exclamó Rafaela; todas las palabras que se escapan de los labios de usted caen en mi corazon refrescándole y consolando su amargura; ¿qué poder tienen los razonamientos de usted para aliviarme así?

—Esa es la única ventaja que queda á los que han sufrido mucho, hija mia, dijo el doctor levantándose y sonriendo melancólicamente; sabemos aliviar los dolores de los demás, y así olvidamos alguna vez los nuestros.

El médico estrechó las manos de su protegida y salió para dejarla en libertad de hacer sus preparativos de viaje.....

.....
 Dos horas despues subian ambos á un carruaje que debia conducirles al castillo de Simpson, nombre que tomaba del apellido del médico.

Rafaela lloró mucho al abrazar á su hija, lo que hizo delante de su marido, que la despidió friamente á la puerta de la casa.

Poco á poco la vista de aquella campiña, bañada por un radiante sol, y las dulces palabras del médico, calmaron su espíritu, y llegó triste, pero tranquila al castillo de su bienhechor, cuya familia les esperaba impaciente en la puerta.

CAPITULO II.

**Mistres Simpson y su hija.--El castillo.
Lazos del corazon.
Alicia.--Diplomacia del Doctor.**

I.

La esposa y la hija del doctor no eran lo que su esposo y padre habia dicho á mister Wilson más aún: eran todo lo contrario.

Mister Wilson habia consentido en que Rafaela pasase con ellos una temporada, halagado con la esperanza de que aquella aprendiese, á su lado, á ser ó una buena ama de su casa, segun la acepcion que él daba á esta palabra, ó una mujer instruida y apta para los negocios del escritorio. Es decir, esperaba que se convirtiese en una mujer regañona, grosera ó intolerable, ó en un usurero con faldas.

Desgraciadamente para él, si la bella y delicada criatura que le habia tocado en suerte, hubiera necesitado de dulzura y sencillez, en ninguna parte la hubiera podido aprender mejor que en el pobre y vetusto castillo del médico.